



# La volcana que atrapa

Elisa Lipkau Henríquez

*Al risco asidos,  
por la cuerda unidos,  
el paso leve,  
cerca percibimos,  
de la muerte,  
la ruda camarada.*

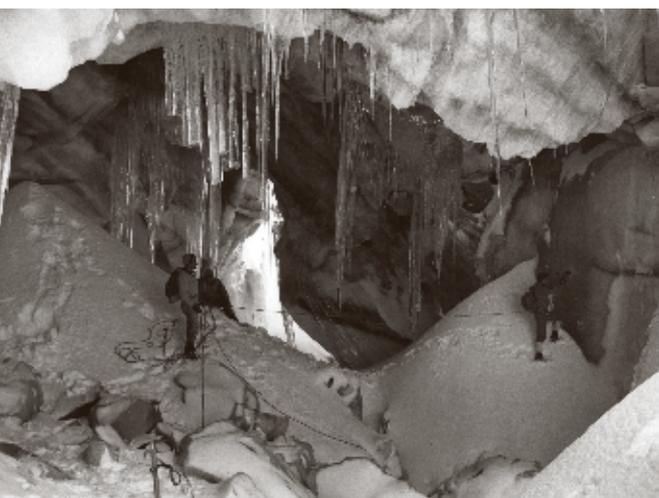
Arnold Lun<sup>1</sup>

A Fernando Lipkau Echeverría, Juan Guzmán, Augusto Fernández Guardiola, Jimmy Padworth, José Luis Lorenzo y José (Pepín) Carbó: *In memoriam*.

El escurridizo humo de tabaco se cuela entre sus heladas sábanas junto con el primer rayo del amanecer. Al percibir el tan familiar aroma que cobija silenciosamente al puñado de jóvenes sentados sobre sus pies, ella sabe que “estos chicos no son de aquí”, que han venido de otra tierra, pero los ha visto crecer entre sus caderas nevadas. Mientras la mujer se despabila, los jóvenes observan al perenne centinela de piedra, erguido frente a ellos, que conocen tan bien: “El Fraile” se deja ver por un instante, para luego desaparecer entre las nubes, que en unísona formación emulan los movimientos sinuosos del humo hasta cubrirlo todo. El humo, danzante, se esparce sobre los jóvenes formando un vínculo entre ellos, tan imperceptible como sus propios espíritus, que se reúnen diariamente al amanecer sobre la “Mujer Dormida”.

Mi padre, Fernando Lipkau Echeverría, vivió en México como exiliado español entre 1943 y 1995. Su espíritu descansa hoy sobre la “Mujer Blanca”.<sup>2</sup> Y tal como mi padre, también Hans Guttman, conocido en México como Juan Guzmán, uno de los mejores fotógrafos del siglo XX, eligió voluntariamente descansar en el Iztaccíhuatl. Igual que ellos, muchos otros españoles, refugiados en México por la Guerra Civil española, decidieron que, al morir, sus cenizas fueran esparcidas en los volcanes. Y fue uno de ellos, el doctor Augusto Fernández Guardiola, quien durante una tarde

Las imágenes aparecidas en este artículo son de autoría de Juan Guzmán, realizadas en el Iztaccíhuatl alrededor de 1950.  
Col. Elisa Lipkau



de paella en el jardín de su casa de Cuernavaca llegó a la conclusión de que todos los amigos del exilio habían de descansar ahí en la “Mujer Dormida”, “La Volcana”,<sup>3</sup> como también la llamaban:

Por muchas razones, tanto La Volcana como el volcán Popocatepetl, la montaña que humea,<sup>4</sup> fueron los sitios más significativos para la comunidad del exilio español en México entre las décadas de 1940 y 1950. El montañismo fue para ellos mucho más que un “deporte” como se piensa hoy. Era una actividad que los vinculaba, en tanto comunidad, a una serie de valores culturales, sociales y políticos comunes, y que, por tanto, les daba la posibilidad de compartir emociones y vivencias que los remitían de nuevo a su tierra de la que habían partido, muchos de ellos casi niños, para vivir desgarrados en un país nuevo y desconocido. Subir a la montaña les daba la posibilidad de arraigarse voluntariamente al nuevo *locus vivendi*. “Les permitía encontrar un sentimiento de pertenencia para paliar la nostalgia de esa tierra que habían dejado atrás.”<sup>5</sup>

Subir a la montaña era mucho más que una aventura novelesca y una prueba de voluntad contra las propias limitaciones, era una forma de demostrar la unión y la fuerza de los españoles refugiados como comunidad política, frente a la animadversión de algunos mexicanos que los despreciaban por obvias razones del pasado colonial y los llamaban “gachupines”. Para los refugiados resultaba insultante este apodo, debido a que valores republicanos como la libertad, el comunitarismo, la verdadera camaradería, entre otros, los diferenciaban por completo, desde su perspectiva, de los “otros” inmigrantes españoles, que por razones económicas habían llegado a estas tierras a “hacer la América” y a quienes los propios refugiados republicanos identificaban como “gachupines”.

Los republicanos vivieron siempre en la contradicción, principalmente en la montaña, de buscar por un lado identificarse con México y pasar inadvertidos entre los nacionales, pero al mismo tiempo diferenciarse tanto de los mexicanos como de aquellos españoles inmigrados por razones económicas.



Pero de hecho la idea misma de la excursión al campo como una actividad formativa es una idea muy española, de las escuelas que crearon los refugiados republicanos en México. El montañismo era para ellos una forma de unirse o vincularse entre sí, a través de las tradiciones aprendidas en la madre patria. Caminar por la montaña era para los refugiados una manera de estar en la naturaleza y, al mismo tiempo, de estar todos juntos, literalmente “amarrados” o “encordados” unos a otros para subir hasta lo más alto.

En este sentido, a pesar de que los republicanos no llegaron a México como conquistadores, sino como refugiados políticos, su espíritu de osadía me recuerda la proeza de los soldados de Hernán Cortés, quienes escalaron casi hasta la cumbre del Popocatepetl para descubrir la causa del humo que emitía, y más simbólicamente, para demostrar a los indígenas que el cerro que humeaba no era un dios ni un demonio, sino un volcán activo y sulfuroso.

Dice Hernán Cortés en una de sus Cartas de Relación:

Que a ocho leguas desta ciudad de Churutecal (Cholula) están dos sierras muy altas y muy maravillosas [...] y de la una, que es la más alta, sale muchas veces, así de día como de noche tan grande bulto de humo como una gran casa y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vara [...] y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise desta [...] saber el secreto, y envié diez de mis compañeros [...] con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra, y saber el secreto de aquel humo de dónde y cómo salía. Los cuales fueron y trabajaron lo que fue posible por la subir, y jamas pudieron, a causa de la mucha nieve que en la sierra hay, y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra y también porque no pudieron sufrir la gran frialdad que arriba hacía [...].<sup>6</sup>

En el pasado prehispánico, la Sierra Nevada, que incluía ambos volcanes, era sitio de peregrinación, y hasta la cima parecen haber llegado fieles y sacerdotes para

colocar ofrendas al dios de las aguas y la agricultura: Tláloc. “El culto en las cumbres estaba destinado a propiciar la lluvia, aunque no era el único motivo por el que ascendían litúrgicamente”.<sup>7</sup> Se creía que los cerros, montañas y volcanes eran especie de vasijas llenas de agua. De ahí salían no sólo las aguas de los ríos y las nubes, sino también las fuentes simbólicas de la fertilidad terrestre: todo era obra de los Tlaloques o señores de la lluvia que habitaban las montañas y sus oquedades. “El templo mismo (sobre una pirámide) era considerado como un cerro sagrado que cubrían las aguas subterráneas manifiestas a través de los manantiales y cuerpos de agua de las cuevas”.<sup>8</sup> Estas últimas no eran otra cosa sino la puerta de acceso al inframundo, o el reino de los dioses y los espíritus de los antepasados, por las cuales los españoles refugiados transitaban ya en el siglo XX, tal vez sin imaginarlo.

En los años cuarenta, los refugiados españoles no subían a los volcanes para dejar ofrendas, pero colocaban placas conmemorativas, banderas o construían albergues. No había en ellos, “ateos, gracias a Dios”, una duda religiosa o una búsqueda mística en la montaña, más que el misticismo de llegar a lo más alto, bien cerca del cielo. Puesto que la Iglesia católica se había aliado al régimen franquista, los refugiados republicanos, de ideas marxistas, vieron siempre a la religión como el “opio del pueblo”. No creían en dioses dentro ni fuera de la montaña, sino sólo probablemente dentro de ellos mismos.

Creo que esta manera de pensar, esta “ideología nihilista” pudo ser lo que llevó a algunos de ellos a sufrir mucho la hora de su muerte, al aferrarse con desesperación a una vida, a veces ya insostenible, por el terror que les provocaba la idea del “más allá” como la “nada”. En ese difícil tránsito no habrían clavijas, ni piolets, ni *spikes* que los ayudaran a asirse del vacío, y por ello a mi padre y a tantos otros amigos suyos les fue tan duro “desprenderse” de su vida en la tierra. Tal vez justamente por ello decidieron que sus cuerpos fueran cremados y sus cenizas esparcidas en la montaña, para nunca tener que despedirse de ella.

A tantos españoles refugiados el montañismo los unió en vida y los une todavía en el más allá.<sup>9</sup> Para ellos, subir a la montaña era tal vez incluso una forma de regresar, aunque fuera con la fuerza de la imaginación, a su propia tierra de origen, con sus fríos y sus nieves, o incluso a la guerra de España, ya que algunos, como Augusto Fernández, cargaban en la montaña con las mochilas que les otorgó el ejército republicano en el frente. Caminar y ascender a grandes alturas no sólo eran actos de voluntad y camaradería, sino de trabajo en equipo y concentración total en ciertas partes críticas, pero también de relajado esparcimiento en otras; tiempo para fumar uno que otro cigarrillo en compañía de los amigos.

Ambos, el montañismo y el tabaco, sin duda en aquella época también fueron “modas” y actividades o hábitos sumamente estéticos que Juan Guzmán supo retratar de forma magistral. Tal vez la fotografía fuese más útil para ello que el cine; dado el carácter muchas veces largo y pesado de las caminatas y los momentos explosivos y sumamente breves de riesgosa “aventura”, como las bajadas a “rapel” y los saltos sobre acantilados de hielo que podían durar apenas unos segundos, tal como el momento preciso de encender un cigarrillo al llegar a la cumbre.



Todo ello hacía del montañismo una actividad ideal para fotografiarse, más que para contarse con imágenes en movimiento. Pero si las imágenes de Juan Guzmán no llegan a contarnos “toda la historia” del romance de los refugiados con “La Volcana”, sí nos transmiten la emoción y la belleza entrañable de aquellas aventuras de jóvenes que no buscaban, en principio, nada más que “pasársela bien”, pero que tal vez pudieron encontrar en aquella experiencia una forma de re-estructurar su identidad en el exilio.

Hans Guttman, más conocido como Juan Guzmán, tenía 28 años de edad cuando llegó a México en 1939. De acuerdo con el testimonio de su esposa, Teresa Miranda, había nacido en Colonia, Alemania, en 1911.<sup>10</sup> El oficio de fotógrafo debió adoptarlo desde muy joven, pues a los 20 años estaba ya en Berlín desarrollando su trabajo como reportero gráfico. Al dejar Alemania a principios de los años treinta, por su disconformidad con el régimen nazi viajó por Europa, Italia, Grecia, hasta llegar en barco a Barcelona en 1936 para entrar en el ejército republicano, como tantos otros extranjeros que apoyaron la lucha del pueblo español contra el fascismo. Fue ahí, al recibir sus papeles españoles con el grado de teniente, que le otorgaba el gobierno de la República, que obtendría su nombre castellanizado: Juan Guzmán.

Tres años después, en 1939, con la victoria franquista, sería apresado por los franceses en su huida de España y recluso, como tantos otros, en un campo de



concentración, de donde escaparía para salir en barco hacia Nueva York. De ahí a México viajaría en tren, vigilado por agentes estadounidenses de migración, por no tener una visa con la cual transitar legalmente por ese país. Llegó a México en 1939 y mi padre probablemente llegaría unos cuatro años después, siendo en 1943 mucho más joven.<sup>11</sup> Cuando la montaña los unió a través de la fotografía, mi padre tendría apenas 18 años, y poco tiempo después él mismo se convertiría en fotógrafo, tal vez inspirado por uno de sus más queridos amigos y autor de las imágenes aquí expuestas: Juan Guzmán, quien retrató a la comunidad española en el exilio en muchísimos contextos, pero sobre todo en la montaña.

El conjunto de fotografías que acompaña este texto es una selección personal. Son las copias que Juan imprimió para mi padre y, por tanto, una cosa las une: la figura de “La araña negra”, como le llamaban cariñosamente a papá sus amigos españoles y no españoles, por su habilidad para escalar y su audacia para saltar entre las grietas de los glaciares, pero sobre todo “porque se adhería a la roca como las arañas”.<sup>12</sup> Por esta razón, el presente texto no pretende analizar dichas imágenes, tan sólo utilizarlas como detonadoras de la memoria para revivir algunos momentos de aquella época en la vida de mi padre.

Junto con Augusto Fernández, ya mencionado, muchos otros españoles subían con Lipkau y Juan Guzmán a la montaña: Joaquina Rodríguez, Neus Espresate, Jimmy Padworth, José Luis Lorenzo, Manolo Martínez *El ronco*, Juan Laguarda, José *Pepín* Carbó y un joven que todos adoraban y murió trágicamente llamado Orfeo

Manzanares; así como tantos otros nombres que no vienen a mi mente porque yo era muy pequeña cuando papá contaba aquellas historias. De todos ellos, muchos viven aún y suben a la montaña. Otros sólo la recuerdan. Unas, como Teresa Miranda, incluso llegaron a sufrirla. Tal vez las mujeres siempre la pasaron un poco más ruda que los hombres en aquellos fríos, sobre todo al construir el albergue Las Espinillas en el Iztaccíhuatl, también conocido como “República de Chile”.<sup>13</sup> La construcción de dicho albergue demuestra ante todo el profundo espíritu de camaradería de los refugiados republicanos en México, quienes siempre se preocuparon por dejar algo para las generaciones venideras.

El montañismo fue tan popular en aquella época que existía toda una afiliación política e ideológica representada en los distintos clubes de alta montaña. Mi padre y Lenin Zabre fueron miembros de la peña Eugenio Mesón, de carácter comunista, en los años cincuenta. Aunque de acuerdo con Lenin Fernando parece haber sido muy reservado en sus opiniones políticas, una cosa la tenía bien clara: odiaba a los franquistas y por ello siempre compitió con los famosos “hermanos Costa”, quienes además de montañistas eran miembros del Club España, y por lo tanto, leales al régimen de Franco.

Cuenta Lenin Zabre:

Tu papá decía que él quería irse a Moscú con los de la peña Eugenio Mesón, quienes iban a ir para representar a México en los Juegos de las Juventudes Comunistas con su ensamble coral. Entonces me dijo: “mira Lenin, nos vamos a Rusia con estos y ya estando en Moscú, nos les escapamos y nos vamos al Pico Lenin”. —Y yo le dije “¿Por qué al Pico Lenin?” —“Porque yo quiero estar a más de 7035 metros de altura y a menos de 28° C bajo cero”. —Porque había sido la gran hazaña de Luís Costa que había ido al Aconcagua y que [éste] tenía 7035 metros de altura y que había soportado temperaturas de 28° bajo cero, entonces decía Fernando: —“¡Yo quiero estar más arriba y a menos temperatura!”.<sup>14</sup>

Pero al llegar a la cima, después de un muy arduo y pesado camino, labrando los escalones en el hielo, o cargando madera y materiales para construir un albergue, lo único que debía quedarles adentro tras aquel tremendo esfuerzo era el silencio. Aquel inabarcable silencio que, como el paisaje, los veía impávidos desde las alturas, unidos por la voluntad y la paciencia, pero también por los innumerables cigarros que fumaron en aquellas aventuras y cuyas cenizas quedaron, como las suyas, esparcidas sobre el Iztaccíhuatl.

De nuevo, me remito al relato de Lenin Zabre:

Llegamos al final y era tan emotiva la subida, que ya no lo volvimos a platicar pero, sobre todo en mi caso, yo tenía muchos años soñando esa escalada, habíamos alimentado tantos deseos en una ruta virgen, que no fuera un camino trillado, que cuando supimos que estábamos arriba ya no dijimos nada, nos quedamos callados. Si alguna vez pensé en algún discurso de llegar a la cumbre, para nada, se borró de la mente; habíamos llegado y era todo. Creo que eso es lo que sucede en esos casos. Hacía tres años los ingleses habían hecho el Everest y no conocía yo ningún registro de un discurso de Hillary en el momento de llegar a la cumbre. Se queda uno callado. El primer síntoma es

de sorpresa; sorpresa con uno mismo, de haber hecho algo que sí deseaba uno hacer pero no creía uno poder hacer y eso te absorbe.<sup>15</sup>

Y tal como el silencio y la sorpresa los absorbía, ellos al llegar a la cumbre, absorbían el humo del tabaco. No todos fumaban, pero sí la mayoría.

En aquel entonces el cigarro era para nosotros una recompensa por la hazaña lograda. En el descanso de la cumbre, el humo era el símbolo de unión. Ya no había necesidad de cuerdas para estar enlazados, habíamos llegado y lo que nos integraba a todos era ese humo compartido, tal como la emoción de haber logrado nuestra meta. El silencio era parte de ese premio al llegar a la cima y era significativo porque había una emoción tal que se hubiese diluido con las palabras. Era una emoción tan plena, que nada se podía decir mejor que el silencio. El silencio y el humo eran lo importante, pues todos estábamos disfrutando el haber llegado.<sup>16</sup>

En lo alto de la cima el humo del cigarro los unía en un silencio significativo, un silencio compartido y experimentado en común, tal como el agotamiento físico, que les permitía disfrutar aquel hermoso paisaje plenamente y, al mismo tiempo, regresar a través de él a la tierra de la que habían partido, aunque fuera por unos instantes. La paradoja es que el cigarro pudo unir a muchos de ellos en su muerte, pues varios debieron sus decesos al tabaquismo, pero también sin quererlo el cigarro los unió en la vida, más allá de ella, en la montaña.

Me parece imposible creer que en el silencio de la cumbre o perdidos en aquellas misteriosas cuevas y grietas del *Popo* no existiese en ellos algún misticismo, alguna idea trascendente que los impulsara hasta tales alturas. Es posible que, aun cuando ellos no lo supiesen, ese humo que inhalaban fuese más que la combustión del tabaco. ¿Acaso no era el mismo humo con el que incensaban a los Tlaloques en las cuevas hace cientos de años, en esas mismas oquedades que ellos visitaban? Creo que a pesar de sus ideas marxistas y su confesado ateísmo, existía entre estos refugiados españoles un misticismo de la montaña, una ritualidad profunda en aquellas aventuras, puesto que profesaban una intensa fe, y hasta podría decir religiosidad, en el montañismo que los impulsaba a realizar semejantes ascensos con un equipo ahora considerado totalmente rudimentario, y muchas veces con sus novias o esposas.

Deseo pensar que al llegar a la cima, tal vez sin darse cuenta, sacralizaban aquellos momentos de plenitud a través del humo del tabaco, tal como los peregrinos prehispánicos y, en la actualidad, los campesinos y “trabajadores del temporal”, también conocidos como “graniceros”, “sacralizan” en sus ceremonias el espacio y el tiempo ritual a través del humo del tabaco y del incienso que ofrecen a los Tlaloques, los señores de las aguas y la lluvia.<sup>17</sup>

Así como los hombres de Hernán Cortés no pudieron llegar al cráter del *Popo* en su primera expedición, para averiguar el origen de sus columnas de humo, tampoco yo puedo saber con certeza si el humo de aquellos cigarrillos de los amigos de papá era el mismo aliento sagrado de los Tlaloques o el incienso de los fieles y peregrinos indígenas. Pero creo que ese humo para los refugiados españoles sin duda llenaba un vacío: un vacío que les dejó a toda esa generación del exilio haber

perdido su tierra, pero sobre todo haber ganado otra que por momentos les era ajena, a pesar de ser tan hermosa y blanca, como el cabello de mi viejo.

Mientras la noche va cubriéndolo todo, “La Volcana” se viste con su blanco camión de dormir. Al meterse entre las sábanas, de nuevo percibe malhumorada el persistente olor del humo de tabaco de esos jóvenes españoles que aún conversan animados, mientras las nubes en rápida formación, imitando los movimientos del humo, lo cubren todo. Al final sólo queda un pequeño orificio entre ellas, a través del cual los jóvenes montañistas se despiden cada día de su guardián y centinela: la figura siempre erguida e imponente del “Fraile” vigila sus sueños de eternidad. Por fin las nubes lo cubren todo, haciendo desaparecer al guardián, y entonces uno de los jóvenes españoles enciende otro cigarrillo.<sup>18</sup>

\* Maestra en Antropología Visual (Universidad de Londres), docente de la ENAH-INAH.

1 Lenin Zabre Ramírez, “Ascensiones en alta montaña”, manuscrito.

2 Iztaccíhuatl: de *iztac*: adj. Blanco, blanca y *ciuatl* o *cihuatl*: s. Mujer, hembra en general; Remi Simeón, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 235, 113.

3 Testimonio de Lenin Zabre Ramírez (Mazatlán, Sinaloa, 1931). Lenin no era español, pero fue uno de los mejores montañistas de la época, quien junto con Fernando Lipkau escaló en 1956 la ruta directa al pecho del Iztaccíhuatl, labrando escalón por escalón en el hielo a través de una pared vertical de más de 60 metros de altura sin ninguna protección. Fernando Lipkau registró fotográficamente la legendaria subida.

4 Lenin Zabre Ramírez, *op. cit.*, p. 392.

5 Joaquina Rodríguez, comunicación personal, 21 de agosto de 2008.

6 Hernán Cortés. *Cartas de Relación*, México, Espasa- Calpe (Austral, 547), 1990, p. 52.

7 Ismael Arturo Montero García, *Atlas arqueológico de la alta montaña mexicana*, México, Secretaría del Medio Ambiente, 2002, p. 24.

8 *Ibidem*, p. 27

9 De acuerdo con Lenin Zabre, no se puede hablar de “alpinismo” en México sino tan sólo de “montañismo”. Comunicación personal, 12 de julio de 2005.

10 Comunicación personal, México, D.F., 4 de agosto de 2008.

11 Fernando Lipkau nace en Barcelona el 18 de agosto de 1925.

12 Testimonio de Joaquina Rodríguez, comunicación personal, 21 de agosto de 2008. Ella afirma que el apodo recibido por Lipkau era simplemente “La Araña” y no la “Araña Negra” como recuerda su amigo Lenin Zabre.

13 El albergue fue construido en 1951 por el llamado *Grupo de los 100*.

14 Comunicación personal, 10 de julio de 2008.

15 *Ibidem*.

16 Testimonio de Joaquina Rodríguez Plaza, comunicación personal, 21 de agosto de 2008.

17 Los “graniceros” o “trabajadores del temporal” son especialistas indígenas que trabajan con las lluvias, las heladas, los truenos y en general con todas las manifestaciones de los Tlaloques, a quienes llevan ofrendas en las cuevas y refugios rocosos; Beatriz Albores y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/UNAM, 2003.

18 José Luis Lorenzo, Augusto Fernández Guardiola y Fernando Lipkau eligieron descansar frente a una formación rocosa con forma de santo o fraile, conocido con este nombre entre los montañistas de la época, que se observa frente a la subida de los pies del Iztaccíhuatl en La Joya.